

que, atándole al cuello una rueda de molino, le arrojaran al profundo del mar. ¡Ay del que da lugar á esos escándalos! Desgraciadamente hay



escándalos en el mundo; ¡mas ay del que los produce! Cuidaos mucho, pues, de despreciar á uno de éstos pequeñuelos, porque os digo que sus Ángeles custodios siempre ven en el cielo la faz de mi Padre celestial. También obró muchos milagros en beneficio de los niños.

CAPÍTULO QUINTO

El leproso y el criado del centurión. — Jesús resucita la hija de Jairo. — Jesús resucita el hijo de una viuda. — Multiplicación de los panes. — Otras curaciones milagrosas. — Vuelve Jesús la vista á un ciego de nacimiento. — Resurrección de Lázaro.

El leproso y el criado del centurión.—Los hechos referentes á nuestro divino Salvador que hasta ahora hemos relatado nos lo dan á conocer, especialmente como hombre. Pero los milagros nos lo dan á conocer como Dios, puesto que, siendo los milagros efectos que superan á toda fuerza criada, no pueden venir sino de Dios, único Sér que no ha sido criado, único Sér omnipotente y Señor de todas las cosas, y único que, por consiguiente, puede suspender las leyes de la naturaleza.

Entre los milagros obrados por el Redentor, encuéntrase el de la curación de un leproso. Acercóse éste al divino Maestro, le adoró, y, sumamente afligido, le dijo: *Señor, si queréis, podéis curarme.* Jesús extendió la mano y lo tocó diciendo: *Quiero, sé sano;* é inmediatamente se curó de la lepra. Pero Jesús prosiguió: *No digas esto á nadie; ve, preséntate al sacerdote, y ofrece el dón que mande*

Moisés. En la antigua alianza, cuando un leproso curaba tenía que presentarse á los sacerdotes, los cuales le declaraban limpio y absuelto. Esta absolución es figura de la absolución sacramental que en la ley nueva se da á los leprosos espirituales, estos, á los pecadores.

Después de esto volvió Jesús á Cafarnaúm, y hé aquí que se presentó á él un Centurión romano, el cual le rogó diciéndole: *Señor, mi criado está paralizado, postrado en cama y padece agudos dolores.* Jesús le contestó: *Yo iré y le curaré.* El Centurión replicó: *Señor, yo no soy digno de que tú entres en mi casa, mas di una sola palabra y mi criado quedará sano.* Al oír estas palabras dijo Jesús á los que le seguían: *En verdad os digo que no hallé tanta fe en Israel. Y os aseguro que muchos vendrán de Oriente y Occidente, y con Abraham, Isaac y Jacob se sentarán al banquete del reino de los cielos: al paso que los hijos del reino serán arrojados á las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes.* Dijo después al Centurión: *Ve, y que se haga según has creído:* y en el mismo momento el criado quedó sano.

Jesús resucita á la hija de Jairo.—Jairo, jefe de la Sinagoga de Cafarnaúm, tenía una hija de doce años, enferma de muerte; y, como llegara á sus oídos que Jesús entraba en la ciudad, corrió á arrojarle á sus pies, y le rogó que fuera á su casa á curarla. Jesús se puso luego en marcha, seguido de la multitud, entre la cual iba una mujer que

por espacio de doce años padecía flujo de sangre. Corría para alcanzarlo y decía entre sí: *Si llego á tocar el ruedo de su manto, quedaré sana.* Cuando estuvo cerca, tocó el ruedo, y en el instante quedó perfectamente curada; miró Jesús á su derredor



para ver quién lo había tocado, y asustada la mujer y temblorosa, se echó á sus pies. Jesús le dijo: *Alégrate, hija, tu fe te ha salvado.*

Entre tanto llegó la nueva de que la hija de Jairo había muerto; así, pues, al llegar Jesús á casa de aquél, halló á hombres y mujeres llorando y preparando las cosas necesarias para el entierro. Disponiéndose á obrar un milagro, dijo Jesús: *Apartaos, porque la niña no ha muerto, sino que duerme.*

Quería con esto decir que la resucitaría con la misma facilidad con que se despierta á una persona que duerme. Luego que hubo despachado á todos, entró en el aposento de la difunta con el padre y la madre de la niña, y los tres apóstoles Pedro, Juan y Santiago. Tomóla de la mano y dijo: *Niña, levántate*. Y al instante se levantó, y empezó á caminar; y comió en presencia de todos, curada ya de todo mal.

Jesús resucita al hijo de una viuda. — Cierta día, entrando Jesús en la ciudad de Naim, encontró á una gran multitud, que acompañaba á la sepultura á un difunto. Era éste un joven, hijo único de madre viuda, la cual seguía el féretro, llorando sin consuelo, y lo acompañaba con otras muchas personas. Jesús se compadeció de ella y le dijo: *No llores*. Y, acercándose al ataúd, detuvo á los que lo llevaban, los cuales se pararon y lo pusieron en el suelo. Entonces el Salvador exclamó en voz alta: *Te mando, joven, que te levantes*. Y el joven inmediatamente se levantó y comenzó á hablar. Tomólo Jesús de la mano y se lo devolvió á su madre, la cual se llenó de gozo. Todos los que se hallaron presentes á este milagro, glorificaron á Dios diciendo: *Un gran profeta ha aparecido entre nosotros. Verdaderamente el Señor ha visitado á su pueblo*.

Jesús multiplica los panes. — Habiendo ido Jesús se dirigió un día al desierto, acompañado de una inmensa muchedumbre que le seguía de todas partes. Al ver tanta gente, comenzó á instruirla

en la fe y á curar á los enfermos, y, sin que nadie lo echara de ver en esas obras, los sorprendió la noche. Dijéronle los discípulos que despachara á aquellas turbas, porque se hallaban en un lugar desierto, faltos de todo sustento. Jesús les contestó: *No conviene que se marchen en ayunas, pues podrían desfallecer en el camino; dadles de comer.* Felipe replicó: *No son suficientes doscientos denarios de pan para dar un pedazo á cada uno.* Preguntóles Jesús: *¿Cuántos panes tenéis?* Andrés le contestó: *Hay aquí un joven que tiene cinco panes y dos peces.* *¿Pero qué es esto para tanta gente?* Dijo Jesús: *Traéd-melos y hacedlos sentar á todos sobre la hierba.* Sentáronse, y había allí cerca de cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños. Tomó Jesús los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, los bendijo, y se los entregó á los Apóstoles, para que los distribuyeran entre la multitud. Los panes y los peces se multiplicaron de tal suerte, que todos quedaron satisfechos. Luego que hubieron comido mandó Jesús que recogiesen lo que había sobrado, llenándose doce canastos. Al presenciar este milagro, decían estupefactas las turbas: *Este es verdaderamente el profeta que debía venir al mundo.* Entre tanto querían hacerlo rey; mas Él se retiró á un monte á hacer oración.

El mismo milagro repitió en otra ocasión, alimentando abundantemente con pocos panes á algunos millares de personas.

Otras curaciones milagrosas.—Algunas enfer-

medades puede curarlas el hombre, con tiempo y con remedios adecuados; pero devolver la salud al instante y sin remedio alguno, es sólo propio de Dios autor de la vida y de la muerte. Por esto Jesús, siendo verdadero Dios, curó de este modo enfermedades que hasta se tenían por incurables, y resucitó también á algunos muertos. Á los milagros referidos añadiremos los siguientes:

En la ciudad de Sidón le llevaron un sordo-mudo para que lo curase. Jesús lo sacó aparte, púsole los dedos en las orejas, tocóle la lengua con su saliva, y alzados los ojos al cielo, dijo: *Abertos*; y de súbito se abrieron sus oídos, se soltó su lengua y comenzó á hablar claramente.

En Betsaida le presentaron un ciego; habiéndole tocado los ojos también con saliva é impuéstole las manos, le devolvió el uso de la vista.

Había en Cafarnaúm un endemoniado que daba gritos contra Jesús; Éste le dijo: *Calla y sal de este hombre*. El demonio echó inmediatamente á aquel hombre al suelo, dejándolo como muerto, pero después salió de su cuerpo y quedó aquél perfectamente sano.

En la misma ciudad estaba la suegra de Pedro, postrada en cama, con fiebre muy fuerte. Mandóle Jesús que se levantase, y al instante quedó sana.

De todas partes llevaban á él enfermos de toda clase y endemoniados, que siempre curaba. En Cafarnaúm quisieronle algunos presentar un paralítico; pero, como se lo estorbara la muchedumbre que lo rodeaba, subieron sobre el tejado de la casa don-

de estaba, y desde allí lo bajaron en su catre á los pies del Salvador. Al ver la fe de estos hombres, Jesús dijo al paralítico: *Hijo, perdonados te son tus pecados.* Al oír estas palabras dijeron los fariseos para sus adentros: *Este blasfema. ¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios?* Jesús, que, como Dios, adivinaba todos sus pensamientos, añadió: *¿Es más fácil decir: Te son perdonados tus pecados, ó levántate y anda? Ahora bien; para que sepáis que tengo poder de perdonar los pecados: Levántate,* dijo al paralítico, *toma tu lecho, y vete á tu casa.* A este mandato divino levantóse el paralítico, y en presencia de todo el pueblo tomó su lecho y se fué á su casa glorificando á Dios por el gran favor recibido. En todas las curaciones obradas por el Divino Salvador debemos admirar la singular bondad con que primero curaba los males del alma y después los del cuerpo, dándonos de esta suerte la importante lección de que debemos limpiar nuestra conciencia antes de acudir á Dios en nuestras necesidades corporales.

Jesús da la vista á un ciego de nacimiento.

—Había un hombre ciego de nacimiento, á quien Jesús tocó los ojos con un poco de lodo y dijo: *Ve y lávate en la piscina de Siloé.* Fué, y, habiéndose lavado, recibió la vista. Los obstinados Fariseos le llamaron y le dijeron: *¿Quién te ha curado?* Contestóles. *Ese hombre, que se llama Jesús, me ha curado. Da gloria á Dios,* le replicaron, *nosotros sabemos que el que te ha curado es un pecador.* Él les dijo: *Yo no sé si es pecador, pero es lo cierto*

que yo estaba ciego y ahora veo la luz. Volviéronle á preguntar: *¿Qué te ha hecho? ¿cómo te abrió los ojos?*—*Ya os he dicho, les contestó, que aquel hombre que se llama Jesús hizo todo y me cubrió los ojos con el, diciéndome que fuera á lavarme á la piscina de Siloé, y así cobré la vista. ¿Por qué me preguntáis esto otra vez? ¿Queréis, tal vez, ser también vosotros sus discípulos?* Al oír estas palabras maldijéronle y le contestaron: *Sé tú su discípulo, si quieres: nosotros seguimos las doctrinas de Moisés. Éste no sabemos de dónde es. A lo que dijo aquél: Es extraño que no sepáis su origen, habiéndome dado la vista. Si éste no fuese de Dios, no podría obrar tales cosas.* Irritados y confundidos los Fariseos, contestaron: *Estás lleno de pecados desde tu nacimiento ¿y quieres ser nuestro maestro?* Y lo echaron fuera. Mas él, habiendo hallado á Jesús y sabido que era el Mesías esperado, postróse á sus pies, lo adoró y se hizo discípulo suyo.

Resurrección de Lázaro.—La casa de Lázaro, especialmente después de la conversión de la Magdalena, era el albergue de los predicadores del Evangelio, y hasta el Salvador mismo habíase más de una vez hospedado en ella. Mientras predicaba, al otro lado del Jordán, fueron á anunciarle que Lázaro estaba gravemente enfermo. Jesús tardó un poco, antes de ir á verle, y llegó á los cuatro días de haberle sepultado. María Magdalena estaba triste en su casa en compañía de algunos Judíos que habían ido de Jerusalén para consolarla. Su herma-

na Marta, sabedora de que Jesús iba á visitarlas, salió á recibirle, y luego que lo vió, le dijo: *Señor, si-tú hubieras estado aqui, mi hermano no hubiera muerto.* Jesús se turbó á la vista de aquel llanto y, habiendo preguntado dõnde estaba, lo llevaron al



sepulcro que había sido cerrado con una losa. Al ver esto, el Salvador se conmovió de suerte que ya empezaba á llorar. Por esto dijeron los Judíos: *¡Ved cómo lo amaba!* Otros decían: *Éste que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no habría podido impedir que muriese?* Jesús se conmovió nuevamente, y mandó luego que se quitara la losa que cubría el sepulcro. Entonces dijo Marta: *Há cuatro dias que está muerto, y ya hiede.* Replicó Jesús: *¿No te he dicho acaso que, si tuvieres fe,*

verías la gloria de Dios? Quitaron la piedra, y alzados los ojos al cielo, y después de haber dado gracias al Padre, que siempre lo había escuchado, gritó: *Lázaro, sal fuera.* A estas palabras, *Lázaro* salió inmediatamente fuera, atado de pies y manos, y cubierto el rostro con un velo. Jesús dijo á los Apóstoles: *Desatadle y dejadle ir.* Así tuvo lugar la resurrección de *Lázaro*. *Lázaro* en el sepulcro es imagen del hombre en pecado. Puede resucitar de la muerte del alma, si corresponde á la voz del Señor que lo llama á penitencia, y, en absolviéndolo los sacerdotes, quedará libre de sus pecados.

CAPITULO SEXTO

Parábola de la oveja descarriada. — Del hijo pródigo. — De las diez vírgenes. — Del rico Epu-lón.

La oveja descarriada. — Son las parábolas ejemplos, ó símiles, tomados de lo que generalmente acontece entre los hombres. Usábanse mucho en la antigüedad, especialmente entre los Judíos; y el Salvador sirvióse con frecuencia de ellas para explicar las verdades de la fe. Cumplióse en esto lo que dijo un profeta del Mesías con estas palabras: *Abri-*

rá su boca y con parábolas pondrá de manifiesto su doctrina.

Habiéndose hecho Jesucristo hombre para salvar á los pecadores, de muy buena gana se entretenía con ellos, y á veces iba á sus casas á comer. Pero los escribas y fariseos, sus jurados enemigos, murmuraban de Él, porque los recibía con tanta benevolencia. Para confundirlos Jesús y significarles al mismo tiempo cuánto deseaba la vuelta del pecador á penitencia, expuso una parábola, donde, cual buen pastor de las almas, va en busca del pecador, representado en la ovejilla extraviada.

Dijo así: *Un pastor llevó á apacentar cien ovejas, y al volverlas al aprisco, echó de ver que no había más que noventa y nueve. Con el corazón adolorido dejó á éstas en el camino, y fué por valles y montes en busca de la que se había alejado de las otras. Luego que la encontró, se la echó al hombro, y llegado á casa, llamó á sus amigos y vecinos y les dijo: «Regocijaos conmigo, porque he hallado á mi ovejilla extraviada.» De igual suerte digo á vosotros, concluyó el Salvador, que habrá más regocijo en el cielo por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia.*

Parábola del hijo pródigo.—Para demostrar la suma benignidad con que la divina misericordia recibe á los pecadores arrepentidos, dijo el Salvador la siguiente parábola: *Un padre tenía dos hijos á los cuales daba con abundancia cuanto les era necesario. Él más joven, llevado por el deseo de sa-*

cuadir el yugo paterno, presentóse un día á su padre y le dijo: «Padre, dame la parte de herencia que me pertenece.» Dióselo el padre, con mucho pesar. Entonces el incauto joven, reunido todo lo que le había tocado, fuese á tierras lejanas, y entregándose á los vicios derrochó en poco tiempo todo su haber. Sobrevino en aquellas comarcas una gran carestía y vióse obligado el joven á entrar al servicio de un amo, que lo mandó á guardar cerdos en su granja. Trabajado el infeliz por el hambre, deseaba sustentarse con las bellotas que servían de pasto á aquellos inmundos animales; pero no podía satisfacer con ellas su hambre. Reflexionando entonces, iba diciendo: «¡Cuántos sieros en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre! ¡Ah! quiero dejar este miserable estado, volveré á mi padre y le pediré perdón.» Dicho esto, se puso en marcha hacia la casa de su padre. Afligido éste por la ausencia del hijo, esperábalo todos los días; y no bien lo vio venir de lejos, corrió á él conmovido, lo abrazó y lo besó. El hijo, arrepentido, postroóse á sus pies y le dijo: «Padre, péqueme contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.» El padre lo levantó sin contestar, y lleno de alegría dijo á sus domésticos: «Traed luego aquí el mejor vestido, ponedle el anillo en el dedo y los zapatos en los pies, matad el ternero más gordo, convidad á los amigos y hagamos fiesta; porque este hijo mio había muerto, y ha resucitado; se había perdido, y ña sido hallado.»

El hijo mayor, que siempre había sido fiel á su padre, al volver del campo oyó la música y vio la alegría que reinaba en su casa, y cuando supo que todo esto se hacía porque su hermano derrochador había vuelto, se lamentó con su padre, como si hubiese usado de más bondad con aquel hijo



discolo que con él, que siempre le había obedecido. Su padre le contestó: «Hijo mio, tú siempre estás conmigo; todo lo que poseo t  pertenece.   No era conveniente hacer fiesta hoy que tu hermano ha vuelto? Estaba muerto, y ha resucitado; se había perdido, y ha sido hallado.»

La acogida que hizo este padre á su hijo es figura de la que hace Dios al pecador cuando vuelve á él arrepentido.

Parábola de las diez vírgenes. — Para animarnos el Salvador á mirar con solicitud todo aquello

que atañe á nuestra salvación, propuso la parábola de las diez vírgenes, de la manera siguiente: *El reino de los cielos es semejante á diez vírgenes, que salieron con sus lámparas á recibir al esposo y á la esposa. Cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Las primeras tomaron las lámparas, pero no aceite. Las segundas tomaron lo uno y lo otro. Tardando en llegar el esposo, echáronse á descansar y se durmieron. A media noche dejóse oír una voz que dijo: «Hé aquí que llega el esposo, salid á recibirlo.» Levantáronse todas y arreglaron sus lámparas; las necias dijeron á las prudentes: «Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.» Aquéllas les contestaron: «Para que no llegue á faltarnos á nosotras y á vosotras, id más bien á los que venden y compradlo.» Mientras iban llegó el esposo, y las prudentes lo acompañaron y entraron con él á las bodas y se cerró la puerta. Al poco rato llegaron las otras y dijeron: «Señor, abridnos también á nosotras.» Mas él les contestó: «En verdad os digo que no os conozco.»*

Por el reino de los cielos se entiende el presente estado de la Iglesia, y en las vírgenes prudentes están representados los que, viviendo en el mundo, tratan de adornarse de virtudes para la otra vida, y por esto serán recibidos en las bodas del esposo celestial que es Jesucristo. Las vírgenes necias son una imagen de los que se apegan en demasía á las cosas del mundo, de suerte que, cuando comparecerán ante el divino Juez, se hallarán privados de

buenas obras, y serán, por consiguiente, éxcluidos del Paraíso.

Parábola del rico Epulón. — Con la parábola del rico Epulón, el Salvador quiso enseñarnos el buen uso que debemos hacer de las riquezas.



Había un hombre, dijo, que vestía con mucho boato, y todos los días se complacía en preparar opíparos banquetes. Había asimismo un mendigo, llamado Lázaro, cubierto de llagas, que yacía á la puerta del rico, y que muerto de hambre deseaba hartarse con las migajas que caían de la mesa del rico, pero no había quién se las diera. Los perros, más compasivos que el amo, iban y le lamían las llagas. Poco tiempo después murió Lázaro y fué llevado por los ángeles al seno de

Abraham; esto es: al lugar donde descansaban las almas de los justos que morían antes de la venida del Redentor.

También murió el rico, pero su alma fue sepultada en los infiernos. En medio de los acerbísimos tormentos que allí se padecen, permitió Dios que el rico Epulón alzase sus ojos y viera á Lázaro en el seno de Abraham. «Padre Abraham, exclamó, te ruego que me envíes á Lázaro, para que, mojando su dedo en el agua, deje caer una gota en mi lengua, porque esta llama me causa horribles tormentos.» Abraham le contestó que merecía aquellas penas, porque había usado mal de los bienes en su vida, y que era justo que Lázaro, que no había tenido más que sufrimientos, estuviese en la posesión de aquella gloria; que había un inmenso abismo entre ellos, y que no podrían jamás aproximarse. Entonces dijo el rico: «¡Ah; otórgame, al menos, este favor; envíalo á casa de mi padre á anunciar á mis hermanos mi miserable estado, á fin de que no vengan ellos también á padecer estos atroces tormentos.» Contestó Abraham: «Tienen á Moisés y á los Profetas; que los escuchen.» El replicó: «Si alguno de los muertos fuese á ellos harían penitencia.» Dijo por fin Abraham: «Si no creen á Moisés ni á los Profetas, tampoco creerán, aunque resucite un muerto.»

¡Ah! ¡cuán infeliz es el estado de los condenados en el infierno, donde, en tan horribles tormentos, no tienen siquiera el alivio que podría dar una pequeña gota de agua!

CAPÍTULO SÉPTIMO

La Transfiguración de Jesucristo.— Jesús predice su pasión y resurrección.— Concilio de los Fariseos.— Jesús entra triunfante en Jerusalén.— La última Pasena.— Institución de la Eucaristía.— Lavatorio de los pies.— La negación de Pedro y la venida del Espíritu Santo.

La transfiguración de Jesucristo.—Cierta día el Redentor condujo á Pedro, Santiago y Juan sobre el Tabor, que es un monte alto de Palestina. Sobre este monte y en presencia de dichos Apóstoles se transfiguró de tal modo, que su semblante resplandecía como el Sol, y sus vestiduras quedaron blancas como la nieve. En aquel momento aparecieron Moisés y Elías que empezaron á conversar con Él. Admirado ante aquel espectáculo celestial, dijo Pedro á Jesús: *Señor, bueno es quedarnos aquí: si quieres, haremos tres tabernáculos, uno para ti, otro para Moisés, otro para Elías.* Mientras así discurría, una nube luminosa los envolvió y oyóse una voz que decía: *Este es mi hijo muy amado, en quien he puesto mis complacencias; escuchadlo.* Estupefactos los discípulos cayeron en tierra boca abajo: mas Jesús, acercándose á ellos, los tocó y les dijo: *Levantaos, no temáis.*

Alzados los ojos, á ninguno vieron sino á Jesús, quien, al descender del monte, les dijo: *No manifestéis esta visión á ninguno antes de mi surrección.*



Jesús predice su pasión y resurrección. — En varios pasajes del Antiguo Testamento se anuncia la pasión dolorosísima de Jesucristo de un modo tan palpable, que las predicciones de algunos profetas parecen más bien la exposición de un hecho ya acaecido. Además, él mismo, casi en los principios de su predicación, anunció á sus discípulos que iría á Jerusalén; que allí sufriría mucho de manos de los Ancianos y de los Escribas del pueblo Judío; que,

por último, le darían muerte, pero que había de resucitar al tercer día. Otras veces recomendaba á sus Apóstoles que no revelasen los milagros que hacía hasta después de su resurrección. Cierta día dijo á muchas personas que le escuchaban: *Así como estuvo Jonás tres días en el vientre de un pez, así estare yo tres días en el seno de la tierra.* Y en otra ocasión: *Destruid este templo y yo lo reedificaré en tres días.*

El templo de que hablaba era su cuerpo, que había de resucitar tres días después de muerto.

Concilio de los Fariseos. — Los Fariseos trataron muchas veces de prender á Jesús, pero nunca lo consiguieron, porque aún no había llegado su hora. Un día convocaron un concilio para tratar la clase de muerte que le habían de dar, y uno de ellos, llamado Caifás, que era pontífice aquel año, dijo: *Conviene que muera uno por el pueblo, para que no perezca toda la nación.* Esto no lo decía de su propia cabeza, sino inspirado; pues, siendo pontífice aquel año, profetizó que Jesús tenía que morir para salvar á todo el mundo. Por esto ordenaron que, si alguien sabía dónde estaba, lo denunciase para capturarlo. Judas Iscariote, pérfido traidor de su maestro, se presentó á ellos y les dijo: *¿Cuánto me daréis si os lo entrego?* Mucho se alegraron los Principes de los Sacerdotes al oír esto, y le ofrecieron treinta dineros de plata. Judas aceptó la oferta; y, para que lo conocieran mejor, les dijo: *Aquel que yo besare es Él; prendedle.* Entre tanto aguardaba la ocasión más oportuna para llevar á cabo su traición.

Jesús entra triunfante en Jerusalén. — Esta entrada de Jesús en Jerusalén fué acompañada de circunstancias, anunciadas por los profetas, que redundan en su gloria. Cuando se hallaron cerca del castillo de Betfage, dijo á sus discípulos: *Id á ese*



castillo, que está en frente de nosotros; allí hallaréis un asna atada y su pollino; desatadlos y traédmelo. Pusiéronse en marcha, hallaron la jumenta y el pollino; pusieron en él sus vestidos y subió á él Jesús, para que, entrando en Jerusalén, se cumplieran estas palabras de los profetas: *Decid á los habitantes de Jerusalén: «Hé aquí que viene á vosotros vuestro rey, sentado sobre el pollino de una jumenta.»* Cuando se supo que Jesús llegaba, un